

¿Por Qué Educación Clásica?

Por Fritz Hinrichs

Esta charla intentará responder tres preguntas: ¿Qué es educación clásica, por qué es necesaria en nuestro tiempo y cuáles son sus beneficios?

La palabra “clásica” se usa en muchos contextos y a menudo sin un significado específico: Coca Cola clásica, música clásica, rock clásico; sin embargo, *clásico* generalmente significa algo que a través del tiempo, y por varias razones, ha probado ser digno de nuestro respeto e interés. En la música, la obra de ciertos compositores ha sido reconocida como digna de ser conservada mientras que la de otros, aunque quizá populares en su propia época, ha sido puesta a un lado en la papelera de la historia. Lo mismo es cierto de los libros; algunos libros son más dignos de estudio que otros debido a la profundidad y claridad con la que expresan las ideas que contienen.

Por siglos el estudio de los grandes libros ha sido la espina dorsal de la buena educación. Si mira los libros que los gigantes intelectuales de nuestra cultura han leído, usted encuentra que hay libros particulares que aparecen una y otra vez. Estos libros les fueron requeridos a la mayoría de estudiantes escolares y colegiales hasta el advenimiento de Dewey y la democratización de la educación a través del sistema escolar público. El sistema escolar público miraba estos libros como elitistas y no fácilmente comprensibles por las masas, y por lo tanto no eran apropiados para la educación pública.

Otra influencia que contribuyó a la desaparición de los grandes libros fue la desmoralización de la comunidad intelectual Cristiana. La mayor parte de las instituciones de enseñanza en este país fueron fundadas por Cristianos quienes entendían como su responsabilidad el conquistar la arena intelectual para Cristo. Sin embargo, desde el surgimiento del secularismo y especialmente desde la humillante derrota que los Cristianos bíblicos vieron en el Juicio Scope, la comunidad evangélica ha estado en franca retirada de la arena intelectual. Antes de inicios de siglo la mayoría de las instituciones de enseñanza estaban dominadas por aquellos que enseñaban *a partir* de una cosmovisión bíblica; sin embargo, este consenso comenzó a desmoronarse rápidamente y en 1925, en el Juicio Scope, por medio de la humillación pública del creacionismo de William Jennings Bryan, el mundo académico, lo mismo que la cultura en general, llegó a considerar al Cristianismo bíblico como indigno de consideración intelectual. Aún cuando el juicio no fue de ninguna manera un riguroso debate sobre el tema de la creación, su efecto sobre la comunidad intelectual Cristiana fue más que desastroso. A partir de ese momento en adelante los Cristianos se sintieron como si la comunidad intelectual los había humillado, y para regresar el favor, abandonaron masivamente la comunidad intelectual. La actividad intelectual llegó a ser vista como algo no solo de poco valor para los Cristianos, sino también como simplemente antagónica con la fe. En este punto de la historia la iglesia fue testigo de un desmantelamiento de la tradición intelectual Cristiana. Los Cristianos no se dedicaban ya más al estudio de los grandes pensadores; esa sería una tarea que se dejaría totalmente a aquellos con una cosmovisión no Cristiana.

La educación Cristiana se ha convertido en algo parecido a una ciencia perdida. Los Cristianos no solo han hecho muy poco para preparar a sus hijos para que tengan intelectos piadosos (centrados en Dios), sino que la incompetencia intelectual ha sido vista como la compañera idónea de la espiritualidad vital. Se ha visto la mente indulgente como una herramienta vital para llegar a tener un corazón suave. En nuestro día la búsqueda del rigor mental y del intelecto vigoroso ha llegado a equipararse con la rigidez doctrinal y con la espiritualidad fría.

Sin embargo, por la gracia de Dios, con el creciente interés en la educación clásica, estamos viendo un avivamiento de la tradición intelectual Cristiana. La educación clásica difiere de la mayoría de las filosofías educativas en el hecho de que intenta hacerse a un lado, retirándose así del desfile de teorías educativas que parecen mantenernos en un estado de continuo desconcierto y pregunta, “¿A qué se parecía la educación en el pasado?”, “¿Qué libros se usaban?”, “¿Qué metas se pensaban que eran importantes?”

Dorothy Sayers en su bien conocido ensayo “*Las Herramientas Perdidas del Aprendizaje*,” intentó responder estas preguntas, y al hacerlo nos dio algunos sabios consejos para la educación en nuestro propio tiempo. Comenzó investigando el modelo medieval de educación y encontró que estaba compuesto de dos partes: la primera era llamada el Trivium y la segunda, el Quadrivium.

El Trivium contenía tres áreas: la Gramática, la Dialéctica y la Retórica. Cada una de estas tres áreas se hallaba específicamente ajustada a una de las etapas en el desarrollo mental de un niño. Durante sus primeros años un niño estudia la porción Gramatical del Trivium. El período Gramatical (de 9 – 11 años) incluye el aprendizaje de un idioma – preferiblemente un idioma antiguo, como el Latín o el Griego – esto va a requerir que el niño pase una buena cantidad de tiempo aprendiendo y memorizando su estructura gramatical. Durante sus primeros años los niños poseen una gran habilidad natural para memorizar grandes cantidades de material, aún cuando no puedan entender su significado. Este es el momento para llenarles de hechos, tales como las tablas de multiplicación, geografía, fechas, eventos, clasificaciones de plantas y animales: cualquier cosa que se preste para la fácil repetición y la asimilación en la mente.

Durante el segundo período, el período Dialéctico (de 12 – 14 años), el niño comienza a entender lo que ha aprendido y comienza a usar su razón para hacer preguntas basadas en la información que ha reunido en el período gramatical. Es durante este período que el niño no ve más los hechos que ha aprendido como piezas meramente separadas de información, sino que comienza a ponerlas juntas en relaciones lógicas por medio de hacer preguntas. La Revolución Americana ya no puede ser nada más un hecho en la historia sino que debe ser entendida a la luz del resto de lo que el niño ha aprendido. Por ejemplo, ¿cómo interpretamos las acciones de los patriotas Americanos a la luz de lo que sabemos con respecto a nuestra responsabilidad de obedecer a las autoridades gobernantes? ¿Cómo puede reconciliarse el hecho de que tanto Washington como Jefferson, quienes son considerados grandes hombres, eran poseedores de esclavos?

Cuando un niño llega a la edad cuando tiene la habilidad de razonar, generalmente pone a funcionar su razón volviéndose un latoso replicándole a sus padres o intentando

sorprenderles en algún error o en alguna falacia, pero durante este tiempo las nuevas habilidades de la nueva mente debiesen ser dirigidas hacia ejercicios mentales beneficiosos. La lógica formal puede ser una gran ayuda durante este tiempo, de manera que el estudiante aprenda las normas que guían al pensamiento sano y sólido. Hay muchas áreas que pueden usarse para proveer buen material para que la mente joven practique. La historia suministra muchos eventos que involucran cuestiones de moralidad que requieren buena cantidad de discusión y un cuidadoso razonamiento con el cual trabajar. La teología también proporciona muchas oportunidades para el debate; aún cuando nuestra discusión deba ser sazonada con reverencia por la temática en discusión lo mismo que por nuestros oponentes, podemos ver el debate teológico fundamentalmente como una actividad muy saludable y beneficiosa. Un área menos controversial es la de las matemáticas; por miles de años el texto de geometría escrito por el antiguo matemático Griego Euclides ha provisto una serie hermosamente construida de pruebas geométricas con las que, con orientación, cualquier chico perceptivo puede trabajar con gran beneficio para sus habilidades de pensamiento.

La Sra. Sayers menciona que el tercer período es el de la Retórica (de 14 – 16 años). Durante este período el niño se mueve del mero hecho de tomar la secuencia lógica de los argumentos a aprender como presentarlos de una manera persuasiva, estéticamente agradable. Dorothy Sayers también le llama a este período la Edad Poética, porque durante esta etapa el estudiante ha de desarrollar la habilidad de organizar la información que ha aprendido en un formato bien razonado que será tanto agradable como lógico. Durante este período el estudiante puede comenzar a especializarse en áreas particulares de interés y está equipado para avanzar hacia el Quadrivium, que implica la especialización en áreas particulares de estudio. En este momento, los estudiantes que están más inclinados ya sea hacia las matemáticas y la ciencia o la literatura y los cursos de humanidades pueden ir en pos del área de sus habilidades naturales. La búsqueda y consecución de asignaturas particulares son apropiadas en este punto porque se les han dado las herramientas de aprendizaje que son necesarias para el estudio de cualquier tópico. Para esta etapa un estudiante a quien se le ha dado una educación clásica va a tener las habilidades de pensamiento y la disciplina mental que son necesarias para enfrentar las dificultades asociadas con la mayor parte de cualquier área de estudio.

Porqué la Educación Cristiana Clásica es Necesaria Hoy

En la educación moderna hemos puesto el proverbial carro delante del caballo al esperar que los estudiantes dominen un gran número de tópicos antes que hayan dominado las herramientas del aprendizaje. Aún cuando el estudio del lenguaje y de la lógica pueda parecer opaco en sí mismo, son las herramientas que uno necesita para llegar a ser capaz de abordar la tarea de dominar cualquier materia particular ya sea la historia política Escocesa o el mantenimiento de carburadores. Sayers finaliza su ensayo con esta línea, “El único fin verdadero de la educación es simplemente este: enseñar a los hombres cómo aprender por sí mismos; y cualquier instrucción que deje de hacer esto es esfuerzo gastado en vano.”

“Aprender a aprender por uno mismo” ciertamente resume bien la meta pedagógica de la educación clásica; sin embargo, una vez que uno puede aprender por uno mismo, ¿adónde ir a partir de allí? Otra máxima que salta a la vista también es útil, “la educación es meramente convencer a la gente de la grandeza de los libros.” El ser capaz de aprender uno

mismo no significa que ya no necesitas un maestro, sino más bien que eres capaz de convertir los libros en tus maestros sin la ayuda de un instructor que te explique los libros. En nuestro tiempo parecemos estar bastante impresionados por la cantidad de años que uno ha pasado en las instituciones académicas obteniendo títulos. Sin embargo, los antiguos probablemente hubiesen pensado que nuestras instituciones deben ser bastante pobres puesto que después de tantos años no han producido estudiantes que fuesen capaces de aprender de manera independiente. El que un estudiante todavía necesite un instructor que le explique las obras que está leyendo muestra un triste nivel de dependencia intelectual. Parece que pensamos que la adolescencia intelectual debe ser prolongada indefinidamente antes de otorgarle a un joven estudiante el derecho de permanecer sobre sus propios pies. El hecho de que sales de la institución académica no debiese ser una señal de que tu educación ha llegado a su fin, más bien debería mostrarte que estás listo para que ésta comience.

Si nada más preguntamos en general “¿Cuáles son los libros *realmente* grandes?” encontramos que en realidad hay un acuerdo bastante amplio sobre la respuesta a esta pregunta. Hay libros que a través de la historia han mostrado ser de un valor perdurable. Con la Biblia tenemos un canon que comprende aquellos libros que Dios a dirigido a Su Iglesia, por medio de Su Espíritu, a reconocer como autoritativos; así también hay una especie de canon con respecto a los grandes libros. A través de la historia ciertos libros generalmente han llegado a ser vistos como cruciales para el desarrollo de la cultura Occidental y han tenido un impacto excepcionalmente grande debido a la profundidad y elocuencia con las que han expresado sus ideas. Estos libros forman el corazón de la tradición intelectual Occidental. Las ideas contenidas en ellos han formado la saga que conocemos como Historia Occidental.

Cualquiera que haya crecido en Occidente y desee entender el entorno cultural en el que ha sido educado debería leer estos libros. Con el propósito de llegar a un entendimiento auto-consciente de las ideas que han dado forma a la cultura alrededor de nosotros, necesitamos enfrentarnos a las ideas en la fuente de donde vinieron. Francis Schaeffer tenía un excelente sentido del fluir de las ideas de arriba hacia abajo. Le gustaba explicar cómo las ideas comenzaban con los filósofos, se diseminaban hacia la gente en general por medio de las universidades, llegaban a los medios populares de información, y finalmente a la cultura en general. Debido a que las ideas progresan de esta manera, nos corresponde familiarizarnos con las ideas en su fuente para que podamos entender sus manifestaciones en nuestra cultura actual. De esta manera, leer los grandes libros sirve como una importante función apologética para los Cristianos; los libros nos permiten lidiar con las ideas que han dado forma al pensamiento de aquellos que se encuentran a nuestro alrededor. Antes que podamos ministrar como evangelistas, debemos saber lo que nuestros prójimos ya creen.

A menudo, cuando describo el estudio de los grandes libros como una herramienta para la apologética, la gente se imagina su estudio como una especie de brutal guantelete secular que el Cristiano debe manejar con el propósito de obtener credibilidad intelectual. Este es un entendimiento errado. Ciertamente hay mucho en la tradición intelectual Occidental que debe ser conscientemente rechazado y puesto bajo la crítica bíblica; sin embargo, es el no creyente y no el Cristiano el que debe temer la lectura de los grandes libros. Aquellos que, por medio de la promoción de la corrección política quieren regresarnos al paganismo politeísta, han llegado a darse cuenta que deben desechar totalmente el estudio de la cultura

occidental si es que van a remodelar el pensamiento de nuestros estudiantes. El pensamiento Occidental ha sido calado con el monoteísmo Cristiano, y de esta manera, con el concepto persistente de la verdad objetiva y universal. Para los perezosos mentales siempre será un territorio peligroso cuando la corrección política se levante con su insípida dieta de relativismo.

Ciertamente el estudio de los grandes libros no debiese tomarse con superficialidad. Hay serios peligros que acechan nuestra fe; sin embargo, estudiar a través de los grandes libros a menudo es como el viaje lleno de vicisitudes de Cristiano en *el Progreso del Peregrino*; casi en el momento en que parece que todo está perdido y que la oscuridad está ciertamente llegando, un autor que es amigo de la fe se pone a tu lado y te ayuda guiándote de regreso al sendero de la verdad. Por cada Aristóteles hay un Agustín; cuando estás en los estertores de un escéptico Descartes, la brillante fe de Pascal viene en tu ayuda; cuando estás bajo el ataque de Hume, tienes un amigo en Calvino; cuando eres sitiado por Kant, contrarrestas con Lewis. Dios, en su cuidado providencial, nos ha dado una copiosa cantidad de voces que se han parado en la brecha en los períodos cruciales de nuestra historia y han hablado a favor de Su verdad. Los hombres que Dios ha levantado para hablar Su verdad a nuestra cultura son un testimonio del tremendo cuidado con el cual Él ha guiado a Occidente.

Vivimos en el continuo de la historia Occidental. Para evaluar esta corriente de la que somos parte, debemos dar un paso atrás, alejándonos así un poco de ella y discernir las ideas que le han dado forma. Tratar de ignorar las ideas que han dado forma a nuestra historia cultural es garantizar para nosotros mismos no solamente la irrelevancia cultural sino también nuestro estancamiento en el ghetto Cristiano. Esta posición no solamente nos va a dirigir hacia nuestra propia pobreza intelectual sino que también será una vergüenza para el Dios Soberano quien no necesita ser burlado por la cobardía de Sus hijos. Los hijos del Rey no se esconden en los callejones sino que caminan confiadamente sabiendo que el sol que brilla pertenece a su Padre.

Los Beneficios de una Educación Cristiana Clásica

Me gustaría presentarles los beneficios de una educación Cristiana clásica. Yo pensaba que entendía este tema, pero mientras continúo en su senda, continúa revelándose riquezas que no había visto anteriormente. Mi interés inicial en la educación Cristiana clásica fue con el deseo de ayudar a las jóvenes mentes Cristianas a entender el fluir de la historia, sus efectos en nuestro día y cómo deberíamos hablar una palabra efectiva a los críticos de nuestra fe en la sociedad – una apología efectiva. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, he visto que una educación clásica no solo te permite entender el pasado, sino que también le provee de gran ayuda para entender y vivir en el presente. Solía pensar que los temas comunes en los que se enfocaban las grandes obras de la literatura eran melodramáticas y que se hallaban distantes de nuestra experiencia diaria. Los jóvenes pueden preguntar, “¿Cuán a menudo experimentamos la guerra, el matrimonio, la muerte, el conflicto familiar, la pena, la mala administración de la justicia, la confusión de la verdad y la falsedad? ¿Son tales temas desconocidos y una carga demasiado pesada para nuestras jóvenes mentes?” No obstante, si deshacemos el bordado de la vida, encontraremos la urdimbre y la trama hechos exactamente de tales materiales. No me han sido necesarios muchos años para darme cuenta que en la vida debemos enfrentar la muerte. Debemos soportar la desilusión aún de

parte de aquellos en quienes buscábamos seguridad y una dirección sana.

A nuestra generación de medios de comunicación le gustaría ocultarnos las realidades de la vida, o al menos convencernos que la totalidad del significado de la vida puede encontrarse en una secuencia de imágenes lanzadas ante nuestra vista en colores de alta resolución. Tenemos una generación que quiere que el aprendizaje se produzca por medio de la diversión – no obstante, la voz de Esquilo nos reprende cuando dice que debemos “sufrir camino a la verdad.” Entretenemos nuestras mentes hasta la muerte y luego nos encontramos confundidos cuando nuestra gente joven descubre que la verdad es una pesadez superflua que les impide su búsqueda de la vida feliz y despreocupada.

Sin embargo, ¿qué va a sostenernos cuando tengamos a nuestro primer hijo sin vida en nuestros brazos? ¿Acaso el cuadro de un Dios que intenta en vano de disponer para nosotros una vida placentera realmente conforta? Cuando sucede, ¿seremos tan sacudidos por la tragedia que debamos retirarnos de la vida y temer que una pérdida similar venga sobre nosotros otra vez? ¿Se nos ha dicho que la tragedia y el dolor no han de ser esperados y que, cuando los encontremos, es mejor que sean escondidos con el propósito de mantener la ilusión de que la vida no contiene tales cargas?

¿Por qué es que nosotros los modernos tenemos tal dificultad mirando que la vida viene con un velo de lágrimas? Los últimos cien años han visto más guerras y crueldad que la mayor parte de cualquier siglo y aún así, uno podría pensar que nos hemos prohibido el recuerdo del pasado. ¿Acaso no existe un evento a menos que lo miremos en las noticias de las seis? Si no me ha ocurrido a mí, ¿pienso que nunca me sucederá? Jesús mismo lloró de dolor por la pérdida de su amigo Lázaro. Una y otra vez Dios exhortó a los Israelitas a recordar. Eran prontos para olvidar las grandes obras de la mano de Dios y los hechos poderosos que les sacaron de su tormento en el desierto. Cuando no recordamos no vemos la totalidad de la vida, sino que creamos una cosmovisión que es únicamente el producto de nuestra fantasía.

Una educación clásica hace que nos enfrentemos con aquello que no es nuestra experiencia inmediata. Nos obliga a mirar la vida en toda su complejidad. Aunque una educación clásica le da al estudiante las herramientas del aprendizaje que son fundamentales para el pensamiento lógico, la educación clásica no trata solo con el desarrollo de pensadores claros. Una educación clásica también le da al estudiante la oportunidad de desarrollar la profundidad de entendimiento y la amplitud de experiencia que son fundamentales para la verdadera sabiduría. El temor del Señor es el principio de la sabiduría, pero esto no significa que la piedad, estrechamente definida, sea la suma total de la sabiduría. A menudo nos decimos a nosotros mismos que la sabiduría es la aplicación de principios morales a la experiencia diaria. Esta noción reduce la sabiduría a un tipo de moralidad aplicada, sin embargo, debemos entender la plenitud del concepto Bíblico de sabiduría. El concepto Bíblico de sabiduría es mucho más amplio que nuestro entendimiento usual de lo que la sabiduría contiene. Considere Isaías 28:27-29, “que el eneldo no se trilla con trillo, ni sobre el comino se pasa rueda de carreta; sino que con un palo se sacude el eneldo, y el comino con una vara. El grano se trilla; pero no lo trillará para siempre, ni lo comprime con la rueda de su carreta, ni lo quebranta con los dientes de su trillo. También esto salió de Jehová de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría.” Ahora, ¿por qué el profeta Isaías piensa que las instrucciones detalladas para hacer pan son

un testimonio tan maravilloso de las profundidades de la sabiduría del Señor? ¿No es el hacer pan un “conocimiento mundano” – necesario, pero no realmente tan importante? Si estas son las preguntas que vienen de manera natural a su mente cuando escucha tal pasaje, escuche otra vez y asuma una mente espiritual. Proverbios 6:6-8, “Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio; la cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento.” Podríamos pensar que ser sabio significa ser de una mentalidad tan espiritual que podríamos prestar poca atención a detalles como cuándo plantar nuestra semilla. Proverbios nos exhorta de otra manera. La sabiduría piadosa (*centrada en Dios*) requiere que nos apliquemos nosotros mismos a un entendimiento del mundo y sus caminos. Considere Eclesiastés 8:1, “¿Quién como el sabio? ¿y quién como el que sabe la declaración de las cosas? La sabiduría del hombre ilumina su rostro, y la tosquedad de su semblante se mudará.” ¿Le parece una noción extraña pensar que un joven que ha entendido una comprobación geométrica ha hecho un importante avance en su adquisición de sabiduría? Si es así, le desafiaría diciéndole que su división entre el conocimiento del mundo y el conocimiento espiritual es en realidad bastante poco espiritual.

Si realmente creemos que el mundo en el que vivimos fue hecho por la mano de Dios, entonces el experimentar y entender ese mundo deben ser vistos como aspectos vitales de nuestra adquisición de la sabiduría de *Dios*. Aún el dolor mismo debe ser visto como uno de los caminos en que Dios nos enseña. Eclesiastés 7:3-4, “Mejor es el pesar que la risa; porque con la tristeza del rostro se enmendará el corazón. El corazón de los sabios está en la casa del luto; mas el corazón de los insensatos, en la casa en que hay alegría.” La totalidad de la vida debe ser vista como el libro del cual aprendemos la mente de Dios. Dios ha sido misericordioso al darnos las escrituras como una guía en este proceso de guardar nuestras mentes de ser invadidas por la vastedad de lo que deben aprender.

¿Cómo es que este amplio entendimiento de la sabiduría se relaciona con la necesidad de una educación clásica? Se ha dicho sabiamente que la *lectura* es experiencia acelerada de la vida. Podríamos aprender totalmente a partir de nuestra propia experiencia, pero este sendero es lento y está lleno de muchas lecciones dolorosas. Leer nos permite aprender de la experiencia de otros. Si vamos a ver la lectura así de importante, debemos preguntar cuáles libros debiésemos leer. Deberíamos encontrar aquellos libros que han visto más atentamente la vida humana y que nos van a guiar a hacer las preguntas importantes con respecto a ella.

Antes de decir más acerca de cuáles libros nos ayudan a desarrollar la experiencia de la vida, me gustaría abordar una cuestión común con respecto a la lectura de los grandes libros. Muchos preguntan por qué necesitamos una educación clásica cuando podríamos estudiar exclusivamente las escrituras. La pregunta es entendible pues si abandonamos el estudio de las escrituras corremos el peligroso riesgo de desarrollar pensamientos que no están fundamentados en la verdad de Dios. Por otro lado, si no estudiamos el mundo, tanto el pasado como el presente, vamos a leer las escrituras sin el contexto que Dios escogió para hablarlas. Mientras más estudiamos el mundo y la Biblia, más entenderemos ambos. No confundamos la Biblia, que es la norma del conocimiento, con el mundo, que es el escenario en el que realizamos la búsqueda de conocimiento.

En contraste con el Cristianismo, muchas religiones están basadas en libros que son simplemente colecciones de moralismos que no demandan un entendimiento o contexto históricos. En Su soberanía, el Dios de la Biblia escogió revelarse a Sí mismo en el contexto de la plenitud del tiempo. Debido a que Dios irrumpió en el tiempo y el espacio, produjo un ensamblaje complejo que involucraba la relación con la historia secular. Una religión moralista podría hacernos pensar que el estudio de la historia, aunque es un hobby interesante, no es verdaderamente esencial para la vida religiosa. En la Biblia encontramos una situación muy diferente. Para comprender plenamente los libros bíblicos de Daniel y Ester va a necesitar leer al historiador Griego Herodoto. El mismo Apóstol Pablo cita los antiguos poetas Griegos y Pedro cita de los escritos apócrifos Judíos. Estos pocos ejemplos muestran que la Biblia no puede leerse sin ver sus nexos con la historia en la que fue revelada. La Biblia señala hacia sí misma como nuestra autoridad final, pero también asume que cuando la leemos conocemos el contexto desde el cual habla. Si no estudiamos historia, corremos el riesgo de convertir la Biblia en una mera colección de moralismos de los que derivamos la dirección diaria para nuestras vidas.

Dios no es un moralista distante quien simplemente nos ha dado una lista de preceptos a seguir y luego nos dejó a nuestro camino esperando que los siguiéramos. Él es el Señor soberano que está íntimamente involucrado con el flujo total de la historia. Si nuestros mismos pasos son acordes a Su plan, ¿no son también Su designio los giros y vueltas de la historia? Cuando los autores crean una historia, ponen sus pensamientos con lápiz y papel; cuando nuestro Dios escogió escribir Su historia, Él escogió como su medio el tiempo y el espacio. Nuestra tentación es ver la extensión de la historia como un ámbito dentro del cual la mano de Dios es vista solo débilmente. Hay pecado en el mundo y hay mucho que vemos que va contra la ley de Dios, pero no debería hacernos pensar ni por un momento que Su voluntad no está siendo realizada o que Su providencia no esté atenta. En nuestro día, tendemos a tener una apreciación saludable del hecho de que cuando estudiamos matemáticas, geología, química, física – las varias ciencias naturales, estamos estudiando la obra de las manos de Dios. No obstante, también debemos entender que cuando leemos a Herodoto, Tucídides, Gibbon, Shakespeare, Platón o incluso Espinoza, estamos estudiando lo que ha producido la obra de la mano de Dios.

C. S. Lewis señalaba que la dificultad más grande que enfrentaba al convencer a los modernos de la verdad de la resurrección histórica de Cristo no eran los argumentos intelectuales en su contra, sino el sentido que muchos modernos tienen, además de la curiosidad vana, de que la historia misma no tiene ninguna relación significativa con ellos. Es casi como si pensáramos que es únicamente el presente lo que existe y que la historia es solamente un espejismo ambiguo. En contraste, Agustín, el teólogo de la iglesia primitiva, escribió sus Confesiones como un ejercicio de recuerdo santificado – recordando su vida con el propósito de ver la mano de Dios trayéndole a la salvación. Él sostenía que la memoria era tan crucial para la vida Cristiana, que dedicó un capítulo entero al final de las Confesiones discutiendo su naturaleza.

Si deseamos levantar una generación de jóvenes Cristianos que se adhieran firmemente a la verdad de su fe, no debemos olvidar exhortarles para estudiar y recordar lo que ha hecho el Señor.